

IMPASSE a la DAMA

Por Eduardo Castro Pastor

CARLOS abrió de un corazón, ante la extrañeza de Chelo: «¿Pero cómo es posible? Yo tengo cuatro corazones de dama... Cada día juega peor. Bueno, daré un toque de atención a Enrique.»

—Un sin triunfo —marcó. Maribel pasó sin separar la vista de las cartas.

Enrique se retrepó en la silla. La ceniza del puro que tenía clavado entre los dientes le caía sobre el chaleco.

—Dos sin triunfo —anunció, mirando socarronamente a su compañera.

—Tres corazones —insistió Carlos, y no se molestó siquiera en repasar sus cartas.

Maribel le miró de rellón. «Corazones, corazones, corazones... Como se den cuenta... Cuando me toque marcaré nulos, no debo arriesgarme. Lo siento, Carlos.» Chelo estudió el block de cuentas un momento:

«No tienen nada; me dan ganas de doblar otra vez... ¡Tres corazones! Imposible, y menos habiendo subido Enrique a mí sin triunfo... Tengo corte, así que...»

—Tres sin triunfo. —Cuatro nulos —marcó sin pausa Maribel.

—En ese caso, cuatro sin triunfo. Y los ojillos entrecerrados de Enrique se volvieron a su esposa para advertirle:

—Esto ya es *rubber*, Maribel. —Bien. Mi compañero tiene la palabra.

Carlos hizo como si estudiase sus posibilidades de aumentar los nulos.

«Tienes que darme una cita aunque no quieras, Maribel. Mañana, mañana. Sólo necesito saber la hora. ¡Si supieras cuánto lo necesito!»

Consultó su reloj de pulsera, provocando con ello las protestas de Chelo:

—¡Jesús!, este marido mío parece que siempre tenga pendiente alguna cita importante. ¿Quieres hablar ya de una vez?

Enrique parecía un Buda altergado. Maribel se movió intranquila.

—Perdona, Chelo —se excusó Carlos, agregando—: Bien, pues nada de nulos, sino marcas positivas: ¡Cinco corazones!

—Pero ¿qué dices? —Cinco corazones —repitió enfáticamente mirando con intensidad a Maribel.

—¡Doblo, doblo! —amenazó Chelo volviéndose interrogante a su amiga— ¿Y bien?

Maribel se encogió de hombros: —Allá él. Paso.

—Esto es una mina, chica. —Bien, doblados quedan —admitió Enrique.

Cuando Carlos invitó a Maribel a ver sus cartas, se encontraron los ojos de ambos. Brillante la mirada de él; indecisa, turbada, la de ella:

«¿Qué horror de juego!... Esto no puede pasarse inadvertido.»

«No sé lo que saldrá de este juego, pero esta noche tengo que arrancarle una cita.»

Salió Chelo de rey de picos y Maribel extendió sus cartas sobre la mesa. Le sudaban nerviosamente las manos; temía los comentarios, pero, al parecer, tanto su marido como la esposa de Carlos no parecían ver en el muerto más que un motivo de risa.

Sin prestar atención al desarrollo de aquella mano, estudió un momento el rostro de Carlos, que se le apareció como borroso e inconcreto. El humo del puro de Enrique formaba una especie de nublina bajo la lámpara. De una mesita auxiliar cogió su vaso de cerveza, cuya espuma ya estaba disuelta, y lo alzó bebiendo un largo trago, que le supo demasiado amargo.

«Sin buscarlo... Enrique tiene la culpa de esta absurda situación. Tanta insistencia: (—Juega, juega con Carlos; ya verás como te resulta simpático.) Y Carlos, ahora, estaba encaprichado como un colegial. Enamorado, dice él: (—Es locura, Maribel, locura. Dime una hora, un día. ¡Por favor!) ¡Válgame Dios! y no me gusta la expresión implorante de sus ojos... Ni esta clave infantil en el bridge, ¡contra un jugador como Enrique! (—Te abriré de corazón, siempre de corazón.) Y yo tengo que contestarle tréboles, ¡qué tontería! (—Los tréboles serán la hora: un trébol, las seis; dos, las siete...)»

Enrique sonrió cachazudamente al hacer la última baza:

—Seis multas: mil cien.

—¡Qué barbaridad! ¿A quién se le ocurre pretender ir a manga con esas cartas?

Al juego siguiente, cuando le tocó hablar a Carlos, volvió a marcar obstinadamente corazones, provocando con ello una chispa maliciosa en los ojos de Enrique.

—¿Es que jugáis el *corazón napolitano*? —se burló.

Maribel se iba encontrando cada vez más nerviosa:

«¿Qué testarudo, Dios mío... Se van a dar cuenta.»

Y cuando le llegó el turno de hablar, estuvo tentada de ceder:

«Repetir corazones... (—Basta con que repitas mis corazones. Eso querrá decir que nos veremos al día siguiente; luego márcame la hora con los tréboles...) Mañana es martes... ¡qué más dal... Las siete, ¡por qué no?... Dos tréboles, creo,

aunque no sé por dónde va la subasta... Es igual, él me entenderá... Sí, pero... ¿y luego?...»

—Vamos, hija, tú hablas.

Carlos la estaba atravesando con la mirada. Casi parecía hablarla. Y Enrique también la miraba. Creyó percibir cómo su intensa voluntad se inmiscuía en la suya.

—¿Te ocurre algo?

«¿Y luego?... Puedo caer tontamente, ceder un poco más hasta qué sé yo dónde... No sé.»

Y se concedió otra tregua.

—No, no es nada. Este calor... ¿Qué has dicho tú, Chelo?

—Tres picos. Mi esposo, tres razones.

—Bueno, entonces... paso.

Casi voluntariamente observó a Carlos y sintió cierta compasión de su aspecto derrumbado; luego observó a su marido como si realmente tuviese algún interés en la subasta.

—Cuatro picos —dijo Enrique calmadamente, seguro de sí mismo.

Desajustándose la corbata con manos temblorosas, Carlos se entregó:

—Está bien. Paso.

—¡No...!

La exclamación de Maribel fue involuntaria. En seguida se llevó las manos a la boca, arrepetida, mientras todos la miraron con sorpresa, excepto Enrique, que, sonriente, observó:

—Aún tienes voz, nena; no obstante, si lo deseas, todavía puede corregir tu compañero.

Carlos casi se incorporó en la silla. De nuevo se le podía apreciar animado, exultantemente batallador

—¡Cinco corazones!

Su propia mujer apenas pudo



crear lo que oía y, dificultosamente, articuló entre carcajadas:

—¡Mi marido es... tá... loco!

Pero Carlos esperaba impacientemente la respuesta de Maribel con ojos que parecían febricitantes. Chelo cedió en sus risas. Enrique entrecerró sus ojillos de nuevo, sujetó las cartas con sus manos regordetas e interrogó a su compañera:

—¿Qué dices tú?

—¡Ay! ¿Qué voy a decir? Doblo, doblo mil veces. Esto es una verdadera locura; me lo paso doblando una y otra vez; aquí no hay manera de hacer otra cosa.

—Bien. Doblas... Deben estar desarrollando algún nuevo y desconocido sistema de juego basado exclusivamente en los corazones, aunque, al parecer, no andan muy coordinados —añadió Enrique con acento indefinible. Después se volvió a su mujer, trabajosamente—: Ya puedes hablar, nena; veamos a dónde vas a parar.

Maribel se encontró entonces demasiado defraudada por el incontestable ardor de Carlos.





«Parece un estudiante fogoso... ¡Oh, qué estúpida he sido.»

Además, algo en la voz de Enrique le había sonado extrañamente discordante, como amenazadoramente dotado de algún doble sentido: *Veamos a dónde vas a parar.*

Entonces, reuniendo toda su capacidad de fingimiento, adoptó una actitud que a ella misma se le antojó escasamente convincente:

—¡Vaya! Parece que os intriga nuestro juego, ¿eh?

—Esto ya lo es todo menos una ortodoxa partida de bridge —opinó Enrique secamente—. Estamos esperando.

Maribel se preguntó si habría algo más que un simple dejo de impaciencia en la voz de su marido, y entonces experimentó la necesidad de hacer daño, de mortificarlo un poco, e hizo asomar a sus bellos labios una sonrisa maliciosa sin decidirse a hablar todavía.

«Nada me impide hacerlos sufrir... Sí, a él también.»

Carlos, ansioso, expectante, con las manos fuertemente asidas a la mesa, parecía esperar de sus labios la salvación. Chelo, aburrida, quiso encender uno de sus cigarrillos y fue a recoger el bolso. Enrique no movió el menor músculo de la cara, impliéndole que ésta reflejase ninguna emoción.

Antes de hablar, Maribel clavó sus pupilas en las aceradas de Enrique, despreocupándose del nerviosismo demasiado evidente de Carlos. Y, despacio, dijo, rompiendo la tensión:

—Cuatro nulos.

La expresión hermética de su marido no acusó el menor cambio. Tras una corta reflexión, se limitó a asegurar:

Creo que cinco diamantes pueden muy bien cerrar la subasta. A menos que...

—Lo siento —murmuró Carlos confusamente—, pero no me encuentro con ánimos para seguir.

—¿Qué pasa? ¿En qué ha quedado eso? —quiso saber Chelo—, sentándose.

—Tu esposo —y Enrique apuntó un ligero desdén en su mirada— se encuentra... creo que defraudado de su mala suerte de esta noche en el juego.

—No es eso. Simplemente me encuentro agotado del calor. Si me lo permitís, prefiero que echemos raya.

...

En el momento de ir a arrancar el coche, Enrique preguntó a su mujer, sin mirarla, con acento indiferente:

—¿Qué era lo que debías haber marcado a tanta avalancha de corazones para mitigar el apasionamiento de Carlos, nena?

Maribel sintió correrle un curioso escalofrío por la espalda. Sin mirarlo, con la misma despreocupación de él, contestó:

—Tréboles, creo, si me hubiera sentido un poco más... maternal, por decirlo así.

Y coincidieron su estudiado bostezo y la sonrisita zumbona de él. Después, el coche arrancó velozmente y entró en la abigarrada circulación de la ciudad.

Chelo bajó la ventanilla del coche y sacó disimuladamente el brazo. Un papelito blanco fue revoloteando a desaparecer en la noche.

—Ah, ¿sabes, querido?, mañana por la tarde tengo hora en la peluquería; cualquiera sabe cuándo terminará, así que no me esperes.

Carlos ni siquiera la oyó, y ella dejó bailar en sus labios una satisficida sonrisa.

Después, también el coche de ellos, se perdió entre las calles.

(Ilustraciones de Estrada.)

la gaine
Christian Dior

fajas y sostenes



Concesionarios para España
RUE ROYALE, 8. A.
Balma, 172 - Barcelona

Alivia
antes...

su dolor

**CEREBRINO
MANDRI**

ALIVIA ANTES EL DOLOR
DESDE HACE 65 AÑOS

- 1 Su fórmula es equilibrada
- 2 Se presenta, no en tabletas, sino en polvo dosificable, de fácil disolución.
- 3 Único de efecto seguro y sabor agradable a la vez.



EFICAZ
CONTRA:

DOLOR DE CABEZA • DOLOR DE UÑEAS
REUMATISMO • GRIPE • MAREO
MOLESTIAS FEMENINAS • MIGRAÑAS